

"Los días de don Ricardo"

José
Marín
Cañas



He recibido, al ser las dos de la tarde, un libro cuya carátula ostenta el mismo título colocado encima de estas líneas. Su autor, Eugenio Rodríguez Vega, escritor, profesional del Derecho, ensayista, ocupa actualmente la rectoría de la Universidad de Costa Rica. A las doce y media de la noche de ayer mismo, culminaba la página... 179, que era la última. Al cerrar la lectura, comprendo y siento en toda su longitud y profundidad, el peso nitido, la vastedad del panorama, la exactitud de la reconstrucción, el terrible tamaño, reavivado mágicamente, de los años en que la patria se apoyaba en la presencia de sus grandes valores diamantinos. No fue el recorrido una novedad sorpresiva. Sucedió, más bien, como un repuntar de sucesos vividos. Eso es el tomo que dejo cerrado: una dramática, clara y ordenada, viva, cálida y bella reconstrucción de los tiempos en que comencé a tener razón, hasta éstos, en que siento igual que si la hubiera comenzado a perder. Su singladura abarca desde el 85, hasta el 71, en el que estamos. Porque aunque a las 8 y veinte minutos de la noche del 4 de enero del año 45 el patricio guardó ya silencio para siempre, su presencia revive intermitentemente, por contraste, como un eco necesario y una luz que aún arde, quizás para no apagarse nunca.

La edición es pulcra y está revisada meticulosamente. La "Editorial Costa Rica", logra, en lo tipográfico, un trabajo sobrio y de características finas. La efígie del gran político, adorna, en líneas tamblantes, la carátula. La contraportada, es en blanco. El tipo usado, es claro; el papel de muchas libras. Como muestra de un trabajo libresco desde el punto de vista de composición, tiene un aspecto formal, acorde con la sustancia que su lectura, comprimida, desovilla con un embriagador encanto.

En el año 13, andaba el que escribe por los 9 años, y estaba en 5º del Seminario. Era "duránista" hasta las cachas. Con otros compañeros de grado, los hermanos Meza, anduvo confeccionando discursos y haciendo clubes políticos en habitaciones desocupadas. Tuvo como privilegio pronunciar su primero y último, subido sobre una mesa y frente a los grandes de la época, tales como don Leonidas Pacheco, don Ernesto Martén, el propio doctor, en la noche de la serenata. A pesar de su desinteresada colaboración, no se logró la mayoría necesaria. De aquella época proviene el famoso 28 de abril. El "horrendo", el "incrustado" el "abominable" acto pecador del patricio. Quiero decir con esto, que el libro, menos las primeras páginas, narra hechos de los que fui testigo desde niño hasta hombre ya, que por la edad, debía ser más o menos maduro.

Rodríguez Vega da una prueba fehaciente, de su alta jerarquía de escritor. Amén del rigor que muestra historiando y del orden y de la construcción, así como la habilidad y justeza con que adoba el texto de citas, extractos, resúmenes de actitudes, etc. El libro está escrito con prosa limpia de diáfana luz; construido con la mejor técnica, hasta el punto de que su amenidad alcanza aciertos, sobre todo en los finales de capítulo, que son de la más alta eficacia para despertar un interés vivo que somete al lector al acezante trabajo de seguir hasta culminar la obra. De estilo llano pero ardiente, las páginas vuelan bajo los ojos. Un respeto, una actitud de valor-

zación, campea a lo largo del desfile de figuras tocadas, y ello nos traslada al pasado con toda la emoción que éste encierra en las "cosas de la patria". Es una parla totalmente opuesta a la despatarrancada actitud de los jóvenes de ahora, que creen inevitablemente que el Estado nació el mismo día que ellos abrieron los ojos a la luz terrena.

La figura de don Ricardo, cuya enorme personalidad tiñó con matiz imperdurable los días en que le tocó vivir, está ahí examinada con la pasión del costarricense culto que ama lo grande del terruño. Y la exégesis es franca al par que total, pues exalta las virtudes, vivisecciona los errores—sin ánimo de justificarlos—todo lo cual nos da el hombre de carne y hueso que, a pesar de ser de un tamaño desproporcionado, era por lo pronto y hasta el final, una criatura humana dotada de los aciertos y confusiones propia del ser que puebla la tierra. El libro, pues, tiene el encanto del calor humano con el que está escrito y los colores de la época, están vivos y nunca sufrirán el deslavazamiento de los años.

De la época, destaca también a tres figuras: don Cleto González Víquez, el General Volio y don Alfredo González Flores. Muestra su admiración por el general, cuya cultura, pintoresquismo y arrebató, dió tantos frutos a la política de la época. Pero en donde Rodríguez Vega enfatiza su entusiasmo, es al hacer cita de González Flores. Creo que no fue testigo de aquel momento. Su conocimiento es escrito y quizás se le haya ido la mano. Reconociendo lo avanzado del programa, González Flores estuvo carente de tacto, que en un político es razón fundamental y base de su táctica.

Lo abigarrado del programa, la hondura y proporción de sus innovaciones, tenían que acarrear una conmoción que se hubiera podido evitar mediante un largo proceso dialéctico y con el sistema virtuoso de la paciencia, que es factor estimable en el trato con el pueblo. (Debe interpretarse la palabra pueblo, abarcando a favorecidos y afectados, que ambos son criaturas de Dios). Y esto es tanto más necesario cuanto que su presidencia no tenía apoyo de mayoría ni siquiera de minoría, sino que había nacido de "mujer sola". La figura de González Flores es la de un innovador—el primero—en el diseño de las nuevas arquitecturas sociales y económicas. Años después, un grupo de gente de minúsculo tamaño, pero de buena y honrada intención, fue a pedirle la aceptación de su candidatura. Entre ellos, como la más inocua y joven pulga, estaba el que esto escribe. Don Alfredo, ya muy enfermo, se excusó. Añotó el dato no por inmodestia, sino como prueba de que, reconociéndole su calidad de hombre de avanzada, le faltó, en la ocasión en que tuvo que actuar, el intuir la índole desconfiada, la actitud conservadora de un pueblo bueno, pero vigilante de sus buchacas. Este error—la ausencia de diplomacia y discreción para implantar sin respaldo las notables ideas que constituían razón en su mandato—hizo que el pueblo no lo comprendiese, sin que eso haya sido culpa del pueblo.

"Los días de don Ricardo" constituye el libro más apasionante y trascendente de lo que lleva publicado la Editorial en mucho tiempo. No sé, porque hasta ahí no llegan los limitados conocimientos del comentarista, si al autor lo catalogará, como espero, entre nuestros historiadores de rango. Lo que sí sé, y no pecho de inmodesto al decirlo, es que Eugenio Rodríguez Vega constituye un valor absoluto de la sociedad en que se desenvuelve. Que representa la esencia más bien filtrada del espíritu costarricense; que sus páginas logran el valor sereno, ponderado y pocas veces igualado, de aquellos documentos que abillantaron la historia nacional por mano de don Cleto, don Ricardo, Magón, Carlos Durán, Rafael Iglesias,

Pío Víquez, etc. Todo ese voluminoso fardo que guarda y expone las virtudes del ser nacional, heredadas de los colonizadores gallegos, modelados por un salmantino ilustre, padre de la patria, ejercidas por varones de gran prosapia tanto en el campo político como en el del trabajo, y de cuyos quehaceres, algunos muchachones de ahora tienen una idea de cosa gazzmoña.

No es de extrañar la alta calidad de este ensayo. En el campo de las letras, en las que él se desenvuelve llamándose a sí "aficionado", tiene un puesto de relevante altura. Sus escritos, la cultura que les respalda, el conocimiento en ese ejercicio, la habilidad de puño y anchura de pensamiento en el libro y en el periódico, en el ensayo y en el comentario; la llaneza y limpia herencia que lo valoriza, la rica y sobria prosa, hacen del autor el preferido de todo lector culto. A la manera como lo fue, también, Mario Alberto Jiménez. Un toque especial de costarricense puro es el común denominador de ambos escritores, sin que para ello, hayan tenido que hacer "costumbrismo".

Constituye la obra de la que venimos hablando, una revitalización del criterio, ya tan en desuso, de que las sociedades cambian sus armaduras, pero las virtudes son inmutables y eternas. He aquí la vigencia de los grandes costarricenses, y entre ellos, con cimera postura, el patricio Jiménez Oreamuno. Y para prueba de ello, pienso que aunque el maquinismo ha progresado y las ideas han evolucionado en su "praxis", desde el tiempo del coche sin caballos del ingeniero Dengo hasta el último modelo "mustang" de este año de gracia, a pesar de las notorias transformaciones, el atropellar a un ciudadano constituye un delito y una desgracia, sease cualquiera el modelo que lo haya despanzurado.

Quiéranlo o no lo jóvenes de ideas peligrosas, somos pasado en esencia, seremos futuro con el tiempo; pero el pasado es sólido y el futuro es evanescente y dudoso. Por esto, tan sencillo e indiscutible, el libro de don Eugenio Rodríguez Vega, es la obra de un gran escritor, al par que la de un gran ciudadano. Y por si no fuera poca la cosa, escrita con el pulso fino y la caligrafía exacta.